

EXPLICACIÓN DE SANTA HILDEGARDA DEL SÍMBOLO DE SAN ATANASIO A LA CONGREGACIÓN DE SUS HERMANAS.

Oh hijas, que habéis seguido las huellas de Cristo en el amor a la castidad, y que me habéis elegido a mí, pobre, como madre en humildad de sujeción por la exaltación celestial, no por mí, sino por revelación divina a través de las entrañas maternas os digo: Este lugar, a saber, el lugar de descanso de las reliquias del beato Roberto confesor, bajo cuyo patrocinio habéis buscado refugio, lo encontré en evidentes milagros por la voluntad de Dios como sacrificio de alabanza, y con el permiso de mis maestros llegué a él, y lo atraje libremente para mí y para todos los que me siguieran, con la ayuda divina. Después, por la advertencia de Dios, me dirigí al monte del beato Disibodo, del cual me había apartado con licencia: y cumplí esta petición ante todos los que allí habitaban, a saber, que nuestro lugar y las propiedades de las limosnas de nuestro lugar no estuvieran ligadas por ellos, sino libres, buscando sin embargo en la oportunidad de utilidad la salvación de nuestras almas, y la solicitud de la estricta regla. Y según lo que percibí en la verdadera visión, dije al Padre, es decir, al abad de aquel lugar: La luz serena dice: Tú serás el Padre del prelado y de la salvación de las almas de la plantación mística de mis hijas. La limosna de ellas no te pertenece ni a ti ni a tus hermanos, sino que vuestro lugar sea su refugio. Pero si en vuestros discursos contrarios queréis perseverar, contra nosotros rechinando, seréis semejantes a los amalecitas y a Antíoco, de quien está escrito que despojó el templo del Señor (I Mac. I).

Y si algunos entre vosotros en su indignidad dijieran: Queremos disminuir sus propiedades: entonces yo, quien soy, digo, que sois los peores ladrones. Y si intentáis apartarles al pastor de la medicina espiritual, entonces nuevamente digo que sois semejantes a los hijos de Belial, y en esto no miráis la justicia de Dios; por lo cual la justicia de Dios os destruirá. Y cuando yo, pobre forma, pedía con estas palabras la libertad predicha del lugar y de las propiedades de mis hijas al abad mencionado y a sus hermanos, todos me la concedieron con el permiso del códice. Todos, tanto mayores como menores, viendo, oyendo y percibiendo esto, tenían gran benevolencia hacia esto, de modo que incluso al mandato de Dios fueron firmados con escritos. Por lo cual los fieles aprendan, afirmen, perfeccionen y defiendan esto, para que reciban aquella bendición que Dios dio a Jacob e Israel.

Pero oh, qué gran llanto tendrán estas mis hijas después de la muerte de su madre, porque las palabras de su misma madre no se levantarán más, y así en gemido y luto por muchos tiempos con lágrimas, ay, ay, con gusto succionaríamos los pechos de nuestra madre, si la tuviéramos ahora presente con nosotros. Por lo tanto, oh Hijas de Dios, os exhorto a que tengáis caridad entre vosotras como yo, vuestra madre, desde mi infancia os he exhortado, para que seáis la luz más querida con los ángeles por vuestra benevolencia, y muy fuertes en vuestras fuerzas, como vuestro Padre Benito os enseñó. El Espíritu Santo os sugiere dones, porque después de mi fin, mi voz ya no escucharéis. Pero mi voz nunca sea llevada al olvido entre vosotras, que frecuentemente sonó entre vosotras en caridad. Mis hijas ahora resplandecen en sus corazones, por la tristeza que tienen de su madre, anhelando y suspirando hacia lo celestial. Después en la luz más brillante y resplandeciente brillarán por la gracia de Dios, y se convertirán en soldados muy fuertes en su casa. Por lo cual si alguien en esta multitud de mis hijas quisiera hacer discordia y disensión de esta habitación y disciplina espiritual, el don del Espíritu Santo aparte esto de su corazón. Pero si despreciando a Dios, sin embargo lo hiciera, la mano del Señor lo mate ante todo el pueblo, porque es digno de ser confundido. Por lo tanto, oh hijas, habitad este lugar, que elegisteis para militar a Dios, con toda devoción y estabilidad, para que en él obtengáis premios celestiales. Por lo cual también la caridad en la Sabiduría dice: Yo fui ordenada desde antiguo, y en la formación del primer hombre estuve, cuando fue plasmado por Dios, porque el cielo y la tierra y las demás

criaturas Dios sabiamente creó para el hombre, para que por ellas fuera sustentado y alimentado. (Ecli., XXIV.) Por lo cual también la sabiduría puede ser llamada correctamente artífice, porque recorrió el cielo y la tierra, y las ponderó con igual peso. Pero la carne del hombre, con el alma en las venas y médulas está plenamente impregnada, de modo que la carne siempre es suscitada por el alma; y porque también el hombre conoce las criaturas por el alma, las tiene en júbilo y gozo. Así pues, el hombre en carne y alma es amable como de misericordia y caridad, así como la sabiduría y la caridad son una.

Por estas dos virtudes, a saber, sabiduría y caridad, los ángeles y los hombres obedecerán a Dios en humildad, porque la humildad frecuentemente se inclina al honor de Dios, y así reúne todas las virtudes hacia sí. En estas virtudes Dios plasmó al hombre, para que no pereciera del todo, así como tampoco todos los ángeles perecieron, porque muchos permanecieron con Dios, mientras que otros cayeron con la antigua serpiente. Pues Dios creó al hombre en sabiduría, lo vivificó en caridad, y lo gobernó en humildad y obediencia, para que entendiera cómo debía vivir: pero el primer Ángel no quiso entender esto, lo cual no pudo ser, porque la vida es una de sí misma, de la cual todas las cosas vitales son; por lo cual aquel cayó de la vida, y se secó, como también sucede en las criaturas, a saber, en los árboles, en las hierbas y en otras criaturas cuando alguna de ellas al caer se seca, porque no han probado el jugo. Pues el ángel es vital de Dios; pero el hombre es la obra plena de Dios, porque Dios siempre opera en él, lo cual el hombre puede entender en sí mismo, porque mientras vive en esta vida, no cesa de pensar y operar algo, en cualquier parte que esté; pero cuando ha terminado en esta vida, vive infinitamente en la otra vida. Pues cuando el hombre obra bien, se hace semejante a los buenos ángeles, pero cuando no reconoce el gran honor de cómo Dios lo formó, y cuando huye de la obediencia recta, y no obra en humildad, sino que quiere ser de sí mismo, hecho semejante a los ángeles malos, cae de la vida como Satanás y se seca. Pero tú, oh hombre, quieres tener a Dios como culpable en esto: por lo cual se te responde: ¿Te creaste a ti mismo? No. ¿Es más conveniente entonces que te sirvas a ti mismo más que a aquel que te creó? ¿Y qué recompensa podrás prepararte, cuando no te hiciste a ti mismo? Ninguna, sino el castigo del fuego. Así en estas dos partes están divididos los ángeles y los hombres y las demás criaturas de Dios, como también te fue hecho a ti, cuando Dios señaló al hombre en la circuncisión. Porque el primer engañador engañó falazmente al primer hombre, de modo que hecho desobediente a Dios, consintió en sus palabras y por la desobediencia hizo lo que le había aconsejado. Pero esto mismo en la obediencia por la circuncisión en el precepto de Dios fue cortado, cuando Abraham obedeció a Dios con benevolencia, haciendo así como le fue mandado (Gen. XVII). Entonces el mismo engañador con astucia rugió en sí mismo, infundiendo a algunos hombres este mal, que no era posible que confesaran a aquel Dios, a quien ni podían ver, ni oír, ni palpar. Y así en el pueblo, que por la obediencia estaba señalado, se enfureció, y recordó que había engañado al primer hombre, donde dijo: Seréis como dioses, conocedores del bien y del mal (Gen. III); y les infundió el peor soplo, diciendo que de ninguna manera podrían conocer a Dios sino en alguna fornicación, porque el hombre también era forma, y si Dios había creado al hombre, ¿por qué se ocultaba de tal manera que el hombre no pudiera ni verlo, ni oírlo, ni comprenderlo?

Pero toda la antigua ley y el pueblo verdaderamente señalado no pudo oprimir a este antiguo engañador y a estos hombres errantes, ni aún podrá, sino que Dios antes del último día los oprimirá, y los vencerá ante todo el pueblo, de tal modo que la antigua ley con todos estos, a saber, con aquellos que observaban la circuncisión, incluso con ellos, porque estaban en el error mencionado, corrió hasta el nacimiento de Cristo, donde él mismo, el verdadero Sol de justicia, apareció en verdad. Y el mismo Sol dio un gran esplendor por su doctrina, visto y oído en su humanidad, porque los profetas lo habían precedido, como algunos planetas están

sobre el sol, lo cual Dios había previsto, cuando estableció el firmamento con todos sus ornamentos; al sol mismo con la luna y las estrellas, Dios añadió agua, y puso nubes con tempestad, que los relámpagos perforan, y que a veces se rompen por el sonido del trueno, de modo que se mueven. Pues así como Dios constituyó esta criatura para el servicio del hombre, así también prefiguró a su Hijo a través de ella, a quien los profetas predijeron, y cuya humanidad tocaron con el servicio de la profecía, como los planetas sostienen al sol sirviéndole. Pues la profecía que dijo: He aquí que la Virgen concebirá (Isa. VII), tocó su humanidad, porque la integridad de la Virgen concibió del calor del Espíritu Santo, y no del calor de la carne; así como el sol atraviesa algo con sus rayos, de modo que por su ardor todo se calienta, pero no se consume, porque el sol de justicia procedió de la Virgen intacta, e iluminó todo el mundo, como también el sol ilumina todo el mundo a través del firmamento, que sin embargo permanece íntegro, así la Virgen dio a luz a un hijo, cuyo nombre es Emmanuel, porque en integridad procedió de ella, como el sol fulmina a través del firmamento sin que ninguno de los dos se divida; y por eso Dios con nosotros, porque en la misma encarnación, que nació de la sombra del Espíritu Santo en el vientre de la Virgen, la santa divinidad fue íntegra toda, como el sol en el firmamento, y el poder de la divinidad, trasciende los cielos, los abismos, y todas las criaturas; y sin embargo el Hijo de Dios estaba entonces con nosotros a través de su santa humanidad. Pero también a través de la oblación de su cuerpo, y por su doctrina ahora está con nosotros y estará, hasta que lo veamos manifestamente. A este mismo sol de justicia con la luna y las estrellas están las aguas, a saber, para que enviara a sus discípulos a todo el mundo a predicar el Evangelio a toda criatura (Mar. XVI). Pues lo que los profetas habían predicho de él, lo cumplió en sí mismo, como también en el séptimo día desde la creación del mundo, Dios descansó de toda su obra (Gen. II). Y así como Dios sometió entonces toda criatura para servir al hombre, así también ahora el Hijo de Dios después de su ascensión encomendó las obras de su encarnación a los discípulos, cuando por su mandato predicaban el Evangelio a toda criatura. Pues ellos mostraban a los hombres la fe recta del Hijo de Dios, como cuando permaneciendo con él habían visto y conocido sus milagros, como el sol brilla en el firmamento.

Así pues, recibiendo esta fe una innumerable multitud de pueblos, la Iglesia fue ordenada, como la luna con las estrellas fue establecida en el firmamento. Pero también estos mismos pueblos entre sí, inspirados por el Espíritu Santo, constituían diversos maestros y prelados, como también el firmamento fue iluminado con el sol, la luna y las estrellas, que sostendrían toda la Iglesia. Luego se levantaron truenos y relámpagos por hombres infieles y por crueles tiranos, que invadieron a los fieles del Señor, que ardían en la fe, como el sol brilla en su virtud, como lobos, y derramaron su sangre, de modo que incluso no había quien los sepultara. También los truenos, que sonaron en la primera caída de Satanás, cuando fue sumergido en el infierno, sonaron por los enemigos de Dios, que no cesaban de pecar en pecados, se levantaron, y los relámpagos aparecieron en muchos cristianos, que dividían la fe en infidelidad, y quemaban a muchos católicos: como sucedió por medio de Arrio, a quien Atanasio completamente aplastó, fortalecido por Juan el Evangelista, quien de la intimidad de Jesús succionó esto, que voló alto, cuando en el soplo místico de la divinidad emitió el Evangelio. Así como el mismo Atanasio después escribió sobre la unidad de la Divinidad, fortaleciendo a la Iglesia, a saber, que todo hombre que quiera salvarse, mantenga la fe íntegra e inviolada, creyendo perfectamente en Dios, para que no sea sumergido en el infierno, y se haga infernal. Pero la fe verdadera es, que un solo Dios en la Trinidad de personas, la misma Trinidad en un solo Dios, debe ser gloriosamente honrada, sin ninguna confusión de la división de la unidad, porque un solo Dios en una sustancia, inseparablemente es de la divinidad. Pues no es otra cosa el Padre en sustancia, ni otra cosa el Hijo, ni otra cosa el Espíritu Santo, ni están separados entre sí en la sustancia de la divinidad; sino que en el

Padre y el Hijo y el Espíritu Santo, una divinidad de una sustancia en la gloria de la majestad es. Sin embargo, otra es la persona del Padre, que no es del Hijo, ni del Espíritu Santo; otra del Hijo, que no es del Padre, ni del Espíritu Santo; otra del Espíritu Santo, que no es del Padre, ni del Hijo; y de estas personas una divinidad inseparable, igual honor y estable, coeterna potencia e invencible. Pues tal es el Padre en la divinidad, y no en la persona, tal es el Hijo en la divinidad, y no en la persona; tal también es el Espíritu Santo en la divinidad, y no en la persona; porque otro es el Padre, otro el Hijo, otro el Espíritu Santo en la distinción de personas: sin embargo, no otra cosa el Padre, otra cosa el Hijo, otra cosa el Espíritu Santo en la sustancia de la divinidad, y ¿cómo deben entenderse estas personas? Dios ciertamente en su palabra es racional, y vive. Y Dios creó el mundo, a saber, al hombre con toda su gloria, lo cual debía ser así, Dios siempre lo tuvo en la eternidad. Esto Dios solo lo hizo, sin el cual nadie es. ¿Y quién lo haría existir no siendo? Nadie en absoluto. Dios hizo todo en su palabra, como Juan, que se recostó sobre el pecho de Cristo, afirma (Juan I).

Pero Dios es fuego, y en este fuego la llama está oculta, y esta llama es móvil en la vida. En este fuego no hay división sino distinción de personas. El fuego material y visible, es de color dorado, y en su fuego la llama resplandece, que arde en viento fuerte. Este fuego no resplandecería, si no fuera flamígero, y no sería móvil, si no fuera por el viento; por lo cual también hay tres vocablos en este fuego. Pues la llama es del fuego, y el fuego resplandece de la llama, y no es móvil sino por el viento fuerte. También el fuego arde con la llama, y este ardor íntegro perfunde e inflama igualmente al fuego y a la llama, y si no hubiera ardor en el fuego, no habría fuego, ni tendría trueno de la llama. Pero también el alma es fuego, y su fuego perfunde todo el cuerpo en el que está, las venas a saber con la sangre, los huesos con las médulas, y la carne con el color, y es inextinguible. Y el fuego del alma tiene ardor en la racionalidad, por la cual suena la palabra. Que si el alma no fuera ígnea, no quemaría la fría coagulación, ni edificaría el cuerpo en las venas sanguíneas. Porque el alma es ventosa en la racionalidad, divide rectamente su calor por todos los lugares del cuerpo, para que no queme el cuerpo. Pero cuando el alma se ha arrancado del cuerpo, el cuerpo decae: como la leña no arde, cuando carece del ardor del fuego. Pues el hombre según Dios, es racional, y la racionalidad del hombre suena con el fuego en el viento. La racionalidad es una gran fuerza, ígnea y no dividida: y si no fuera ígnea, no sería ventosa: y si no fuera ventosa, no sonaría. Así pues, Dios creó todo, y fuera de él solo nadie ha hecho jamás algo vital, aunque el hombre con su arte finge cosas, que sin embargo no hace vivir, porque el hombre tiene un principio. Y quien creó todo, no fue creado, porque no hubo principio antes de él, sino que él es sin principio, y todo está en él, porque por él todas las cosas fueron hechas (Juan I). Por aquellas cosas que el hombre huye por temor, para que no le dañen, tiene confianza en el Señor, clamando, para que le socorra, y lo conserve en el descanso de la paz. Por estas cosas que son para el hombre, y que existen en él, y con las que él opera, y que le son placenteras y convenientes, aprende a tener caridad hacia Dios.

Si un hombre no supiera nada, excepto lo que le fuera fácil y placentero, no sabría qué es eso mismo, ni cómo se llama: de ahí que tenga un conocimiento supremo del peso de las adversidades, y reconozca lo que es bueno y malo, y sepa nombrarlas, como Adán. Pues si solo conociera una cosa en el mundo, la obra de Dios en él no estaría completa: y no podría reconocer lo que ve, ni saber lo que oye, ni cómo es; por lo tanto, estaría vacío y extinguido, como aquello que se convierte en carbón al ser quemado por el fuego. Así, como se ha dicho, el Padre es increado, el Hijo también es increado, y el Espíritu Santo es igualmente increado; porque estas tres personas son un solo Dios, y todas las criaturas fueron creadas por el mismo Dios; pero sin Él no se hizo nada (Juan I). El principio que se hizo al inicio de la creación quiso tener semejanza con aquel que es sin principio, lo cual de ninguna manera debía ser,

porque fue nada, ya que en Dios está la vida y la verdad, mientras que en el ángel caído y en el hombre hay vanidad, que la soberbia infló, y que pasó como el viento. Y lo que fue hecho por Dios y en Dios, la vida está en Él, y Dios aplastó la cabeza de aquel que primero tomó las mencionadas maldades, y arrojó al infierno a aquel que está sin vida. El Padre también es inmenso, que no puede ser comprendido por ninguna capacidad ni limitado por número, como pueden serlo aquellas cosas que fueron hechas al principio. Porque Dios tuvo todas las cosas en su presencia, pero no las creó de repente, de ahí que haya un cierto intervalo en las criaturas, como en el hombre, que se convierte en infante, niño, joven, anciano y decrepito, lo cual puede ser comprendido. Pero también en el Hijo y el Espíritu Santo se debe entender que no pueden ser comprendidos ni por capacidad ni por número. El Padre también es eterno, en esa eternidad que nunca comenzó, y en la semejanza de una rueda giratoria, en la cual no se ve ni principio ni fin. Porque Dios es espíritu (Juan IV). Todo espíritu, en efecto, es incomprensible e indivisible. La eternidad, sin ningún cambio, permanece eterna en esto que se dice: Fue y es, y en ella nadie se asemeja a Dios. Porque la eternidad es única, y todas sus criaturas fueron hechas por ella. Y el Hijo, coeterno al Padre en divinidad, se revistió de la criatura que es el hombre; esa vestidura la divinidad la manifestó así como el rayo del sol está incrustado en él. El sol, sin embargo, emite su luz a la tierra, pero no por eso se aumenta o disminuye; ni el Hijo de Dios, al venir al mundo, fue aumentado ni disminuido en divinidad, porque se revistió de su vestidura así como Dios vistió a Adán de una frágil criatura, para que no se viera desnudo. Pues el hombre no podría ver la eternidad sino en la humanidad, porque la divinidad se ocultó en la humanidad, de modo que a través de la vestidura de la humanidad el Hijo fue conocido, así como el hombre vestido con armadura es reconocido, aunque no se vea en ella.

Pero también el Espíritu Santo es eterno, coeterno al Padre y al Hijo, que estuvo presente al inicio de toda criatura, y al inspirarla la hizo movable. Y no hay tres eternidades en Dios, sino que hay una eternidad en Él, y no tres, como Arius hizo partículas en ella, así como los miembros del hombre se truncan en la amputación, sino que la eternidad es una divinidad que la racionalidad del hombre, debido a sus obras poderosísimas, no puede nombrar con un solo nombre. Pero también, dado que el hombre, teniendo un principio, se convierte en ceniza, tampoco puede narrar lo que está antes del principio y después del fin; pero manteniendo una fe en su alma, habla de la sustancia de Dios, que es espiritual. Porque el alma es un soplo de Dios, de donde también capta muchas cosas invisibles, y siente la unidad de la divinidad en la fe recta; porque no hay tres dioses increados, ni tres inmensos, sino un solo Dios, a saber, increado e inmenso, ni dividido en tres modos, ni en tres partes. El Padre también es omnipotente, que por su Verbo, que es su Hijo omnipotente, creó todas las cosas, las cuales el Espíritu Santo omnipotente, que es vida, atraviesa así como el calor del fuego y las llamas arden; sin embargo, no hay tres omnipotentes, sino que Dios en tres personas es un solo Dios omnipotente. Y así como sería inconveniente que el hombre, que con un alma racional es un solo hombre, se dividiera en tres, porque entonces no sería una vida íntegra, sino un cadáver mortal, ¿cómo podría dividirse una única vida, en la cual no hay mortalidad de principio ni de cambio? Pero también Dios es Padre, que es poderoso; Dios es Hijo, que es el poder del Padre; Dios es Espíritu Santo que es vida, por la cual procede toda vida. No obstante, no son tres dioses, sino que sin ninguna división es una única deidad, cuya fuerza poderosísima se nombra con cada uno de los nombres. Así también, dominando es el Señor el Padre, operando es el Señor el Hijo, vivificando es el Señor el Espíritu Santo; y estos son la divinidad íntegra de los tres nombres, así como Dios significó toda su obra en una fuerza de divinidad. Ni son señores dominando singularmente, sino que con plena integridad una divinidad en tres fuerzas de tres personas es, a saber, dominando, operando, vivificando también todas las criaturas, y moviéndolas a su oficio: y así es un solo Señor.

Y este Señor hizo dos obras, a saber, el ángel y el hombre con toda criatura. El ángel es espíritu; pero el hombre fue hecho a imagen y semejanza de Dios, para que opere con los cinco sentidos de su cuerpo, por los cuales tampoco está dividido, sino que por ellos es sabio y conocedor e inteligente para cumplir sus obras. Dios señaló estas tres fuerzas en el hombre, por esto, a saber, que el alma del hombre es racional, que mueve al cuerpo a obrar, y en la cual los cinco sentidos del cuerpo del hombre se perfeccionan plenamente. Pues por la vista el hombre conoce las criaturas; por el oído la racionalidad le narra qué es lo que oye; por el olfato, discierne qué le es conveniente o inconveniente para usar; por el gusto, también conoce de qué y con qué se alimenta, y por el tacto obra el bien y el mal, y gobierna todas sus obras con los cinco sentidos mencionados. Estos cinco sentidos en el hombre se unen de tal manera en uno, que uno no puede carecer del otro y están en un solo hombre, que sin embargo no se divide en dos, ni en tres hombres; sino que con estos cinco sentidos perfecciona todas sus obras, y es un solo hombre. Pero también por esto que el hombre es sabio, conocedor e inteligente, conoce las criaturas. Asimismo, por las criaturas, y por sus grandes obras, que incluso con sus cinco sentidos apenas comprende, conoce a Dios, a quien no puede ver sino en la fe. Así pues, el hombre por sus cinco sentidos comprende y conoce todo en las criaturas, porque por la vista ama, por el gusto saborea, por el oído discierne, eligiendo lo conveniente para sí por el olfato, y por el tacto obra lo que le place; y en esto se asemeja a Dios, que creó todas las criaturas. Así también el hombre, por ser sabio, sabe lo que le es placentero o dañino; y por ser conocedor, constriñe a la criatura ordenándole que le sirva, y atrae hacia sí lo que quiere, y rechaza lo que no quiere; y por ser inteligente, sabe qué le conviene a cada criatura en su oficio. Con estas tres fuerzas y sus apéndices, el hombre es racional en el alma, que de ninguna manera se divide, así también que si por la persuasión del diablo se corta algún miembro del hombre, el alma racional por esto de ninguna manera se divide. El cuerpo, sin embargo, es el edificio del alma, que con ella obra según su sensibilidad, así como el molino es movido por las aguas.

Por tanto, todos los pueblos ungidos con el crisma confiesen que hay tres personas en la unidad; pero que las tres personas son una verdadera y firme divinidad. Y dado que no hay tres almas en un alma racional, que tiene tres fuerzas, sino que es una sola alma; ¿por qué habría esa división separable en la unidad de la divinidad, cuando todo fue creado por Dios? Por tanto, no se debe decir que hay tres dioses o tres señores, sino que se dice un solo Dios, que creó todo, y un solo Señor, a quien todas las criaturas invocan como Señor, y cuyas ovejas son propias; y por eso se debe prohibir que haya alguna singularidad en la unidad de la divinidad, porque es un solo Dios. Y el Padre no fue hecho por nadie, porque antes de Él no apareció nadie de quien pudiera haber sido engendrado o creado, sino que es eterno sin principio. El Hijo, sin embargo, sin ninguna separación, es solo del Padre, no hecho inicial, ni creado en miembros, sino engendrado, como la luz en el sol sin ninguna separación. Este asumió carne de la Virgen María; pero sin embargo, la claridad de la divinidad no se apartó de Él, porque eternamente estuvo en la divinidad con el Padre, aunque en el tiempo se revistió de su vestidura, a saber, la carne, de la madre Virgen. Pero el Espíritu Santo es la vida que mueve todos los alientos en las criaturas: y este no fue hecho vida por ningún aliento, ni tampoco creado por nadie, ni engendrado por otro, sino que existe coeterno y coigual al Padre y al Hijo en la divinidad. Porque Él estaba presente en la primera creación del mundo, porque el Espíritu de Dios se movía sobre las aguas (Gén. I), iluminando el círculo de todo el orbe, cuando el Verbo de Dios dijo: Hágase. Y el Espíritu Santo, procediendo en la verdad de la profecía del Padre y del Hijo, hizo profetizar a los profetas, quienes muchas veces ocultaban la profundidad de la profecía, aunque escribieran el texto; porque como en sombra y en visión nocturna, a veces hablaban por significación. También

vinieron sobre los apóstoles en lenguas de fuego, los llenó por completo, y los hizo otros hombres de lo que habían sido antes, de modo que ellos mismos veían las mismas lenguas, y sentían el toque del mismo Espíritu Santo, que antes del nacimiento de Cristo no apareció así a ningún hombre, ni después aparecerá; porque Cristo es el unigénito de Dios. Pero que les apareció en lenguas de fuego, esto se hizo porque la Virgen María concibió al Hijo de Dios en el calor ígneo de Él, y así también procede del Padre y del Hijo. Y porque los apóstoles lo veían en el fuego, hablaba manifiestamente con sabiduría e inteligencia. Pero también porque el Hijo de Dios fue concebido en María Virgen por el Espíritu Santo (Luc. I), el Espíritu Santo permaneció en Él, y permanece, y siempre está con Él, ni nunca se separan entre sí, por lo que es una fe íntegra y pura que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, como se ha dicho. Esto que el Hijo dijo: Que procede del Padre (Juan XV), lo decía en honor del Padre, considerando que su encarnación fue en el tiempo, cuando a la divinidad paterna no le corresponde el tiempo.

Por tanto, hay un solo Padre, y no tres Padres, sino un solo Padre; porque si no hubiera Padre, no habría engendrado al Hijo: y si el Hijo no hubiera sido engendrado, el mundo no habría sido creado. También hay un solo Hijo, no tres Hijos, sino uno, por quien todas las cosas fueron hechas, consustancial al Padre: y un solo Espíritu Santo, y no tres Espíritus Santos, sino uno que vivifica todo, y mueve. Pues cada raíz tiene en sí la verdor, de la cual procede el fruto; esto, sin embargo, se ve de manera desigual, y sin embargo están en uno. ¿Por qué, entonces, no sería el Creador de todo en la Trinidad de personas? La persona del Padre, por la raíz; la persona del Hijo, por el fruto; la persona del Espíritu Santo, por la verdor, se debe entender; y no se separan entre sí, sino que es un solo Dios. Y en esta unidad de la Trinidad nada es anterior precediendo, nada posterior siguiendo, nada mayor en magnificencia, nada menor en potencia; sino que todas las personas de esta Trinidad se unen en uno sin ninguna vacuidad, y en eternidad y en igualdad coeternas y coiguales existen, de modo que en esas mismas personas no hay nada de lo que según la divinidad se pueda decir: Es y no fue, grande y pequeño, porque Dios, careciendo de principio y fin, no recibe aumento ni disminución, porque es inmutable. La obra de Dios en la criatura antes no formada, ahora aparece formada, y pasa a través de los tiempos, expandiéndose en mayor y contrayéndose en menor. Por tanto, tres personas en unidad, y un solo Dios, en tres personas debe ser adorado, porque Él creó todo, y es vida, por la cual proceden todas las cosas vitales, lo cual cualquier fiel debe aceptar sin dudar. También es necesario para el fiel no separarse de la fe católica; sino creer que la encarnación del Hijo de Dios es verdadera, y considerar cómo fue creado, y cómo el cuerpo operante con el alma racional es uno. Porque Dios antes de los tiempos previó la forma del hombre, en la cual asumiría carne; y quien duda de esto, se niega a sí mismo: ni cree que en dos naturalezas del alma y del cuerpo por tres modos es un solo hombre; porque si uno de estos tres, a saber, el alma, el cuerpo y la racionalidad, de los cuales el hombre consta, faltara, no sería hombre. Pues el hombre es racional en el alma, que en el cuerpo completa cualquier cosa con el sonido de las palabras; porque las criaturas están presentes al hombre, así como las ramas al árbol, porque el hombre no fue creado sin la restante criatura, así como tampoco el árbol sin ramas.

Por tanto, en verdad la fe recta es que Cristo, el Hijo de Dios, nacido antes de los tiempos, es Dios, y también por la vestidura de carne es verdadero hombre. Así pues, es Dios de la sustancia del Padre, porque es coeterno y coigual a Él sin tiempo, engendrado antes de los siglos, porque todas las cosas fueron hechas por Él (Juan I); pero por la humanidad, que tiene tiempo, es hombre de la sustancia de la madre: porque Él es plenamente Dios en la integridad de la eternidad y plenamente hombre con alma racional y carne pura, y sin ninguna mezcla viril de la naturaleza humana, y coigual al Padre en la eternidad de la divinidad, menor que Él

en la humanidad, que tiene tiempo. Y siendo Él Dios y hombre, no está dividido en dos, sino que es un solo Cristo, no obstante, no por la transformación de la divinidad en carne, sino por la ascensión de la carne que la divinidad se unió a sí misma, y que con su claridad así la impregnó, como el rayo del sol brilla en el sol: ni por esto hubo confusión alguna de la sustancia de la divinidad, ni de la sustancia de la carne entre sí; sino que en la verdadera unidad de la persona, es un solo Cristo, verdadero Hijo de Dios. Así como en el alma racional no hay cambio por la carne del hombre, sino que esa espiración racional es de Dios, que impregna todo el cuerpo del hombre, y que mueve todas las obras del hombre operante; y así como el alma y la carne son un solo hombre, así también sin ninguna duda el Hijo de Dios nacido antes de los siglos, revestido plenamente de carne asumida de la Virgen, como se ha dicho, siendo Dios y hombre, es un solo Cristo, llamado Cristo por la unción de la gracia de Dios. Quien en su santa humanidad, por la fijación de los clavos y la herida de la lanza fue herido (Juan XIX, Isa. LIII) por una herida del primer hombre, que infligió a toda su descendencia, para que con el azote de su sangre la sanara, y con la unción del aceite de la gracia la impregnara, y por la penitencia la atara, cuando el hombre se doliera de haber pecado. Herido, sin embargo, descendió espiritualmente al pozo del profundo infernal, y allí atrajo a muchos a sí mismo, a saber, arrebató al primer hombre de ese infierno, y a todos los que alguna vez tocaron a Dios en las costumbres de la honorabilidad humana, y los colocó en el lugar de delicias y gozos, que habían perdido en el primer padre. Pero que al tercer día resucitó de la muerte del cuerpo dormido, en esto designó las tres personas de la deidad, y ascendiendo con el mismo cuerpo, fue al cielo, y allí dominando se sienta a la derecha del Padre, que es la salvación del pueblo creyente, dando vida a aquellos que redimió con su sangre.

Y todos estos fueron previstos antes de los tiempos de todos los principios, porque el Verbo del Padre, por el cual todas las cosas fueron hechas (Juan I), se revistió de carne para redimir al hombre que había formado. El mismo Hijo de Dios, al final del mundo, vendrá como juez justo para juzgar a vivos y muertos, vivos, es decir, aquellos que, obrando en la fe, fueron hallados en la misma buena obra; y muertos, aquellos que, por la infidelidad, realizaron obras de muerte, cuando al sonido de la trompeta que llama, el hombre será sometido al juicio del mismo Hijo de Dios como escabel, porque entonces, al verlo, reconocerá a quien es digno. Pues en la venida de este juez, por la mencionada llamada, los muertos resucitarán con sus cuerpos; así como por el sonido del Verbo de Dios, toda criatura surgió; y todos responderán a su juez por sus propias obras, que realizaron en el cuerpo mortal, y nadie podrá excusarse, porque cada uno verá claramente las obras que sabía haber hecho antes, ya que estas lo seguirán como un vestido. Y aquellos que hicieron obras justas y rectas irán a una mayor claridad de vida, más brillante que el sol de este mundo, con sus almas iluminadas por la gracia, por lo cual los ángeles alaban a Dios, porque realizaron obras tan grandes que están gloriosamente rodeados, como un hombre vestido con una prenda preciosa. También una innumerable multitud de aquellos hombres que, antes de su fin o incluso en su fin, hicieron perfecta penitencia y confesaron a Dios sus pecados, el Hijo del Hombre los elevará a sí mismo en su sangre, y a cada uno le retribuirá en vida según sus obras. Pero los malos, sin excusa por sus obras injustas y sin saber qué decir, y aquellos que adoraron ídolos por las artes del diablo, y realizaron infinitas malas obras con la turba diabólica, serán vestidos con la confusión de sus obras y descenderán al pozo del infierno con el diablo, a quien ocuparon cuando quisieron ser semejantes a Dios.

Por tanto, es necesario creer con verdad y confianza que una Divinidad en tres personas, y tres personas en una Divinidad, son una vida de eternidad: y quien no crea así, será arrancado del día de la salvación. Pero vosotros, oh maestros y doctores del pueblo, ¿por qué sois ciegos

y mudos en la ciencia interior de las Escrituras, que Dios os ha propuesto, así como estableció el sol, la luna y las estrellas, para que el hombre racional conozca y discierna los tiempos a través de ellas? La ciencia de las Escrituras os ha sido propuesta para que, como en un rayo solar, conozcáis cada peligro, y para que, por vuestra doctrina, iluminéis como la luna en la oscuridad de la noche a los hombres errantes en la infidelidad, que son como los saduceos y herejes, y como muchos otros que erran en la fe, que están entre vosotros, y que muchos de vosotros también conocéis, existiendo con rostro inclinado, semejantes a los animales y bestias. Pues ni ven, ni quieren saber que son racionales por el aliento de vida, ni levantan sus cabezas hacia aquel que los creó y los gobierna a través de los cinco sentidos que les ha dado. ¿Por qué, entonces, en el hombre racional hay semejanza con el animal inclinado, que es animado por el soplo del aire, que exhala de nuevo, y así termina, y que no tiene otro conocimiento que el que siente y teme al que lo golpea, y que no actúa por sí mismo, a menos que sea impulsado a ello? ¿Y cómo es apropiado que el hombre esté en sociedad con el animal, que le está sujeto por ministerio, y por el cual se alimenta y al que manda y domina, porque no es racional? Por lo cual el Padre supremo habla al Hijo, como está escrito por el Espíritu Santo: Los regirás con vara de hierro, como vasija de alfarero los quebrarás (Salmo II). Lo que se dice: A los que te resisten, los regirás con vara de hierro, que es dura castigando: y como vasija de alfarero, que está hecha de barro, los quebrarás, porque también ellos son de la tierra. Pues no entran por la puerta de la rectitud por la fe, ni salen por la fama de las buenas obras; porque son ladrones, y por la propiedad de su voluntad, matan y destruyen lo que quieren; porque son hipócritas, subvirtiendo la ley para su perdición. Pero vosotros que en la doctrina magistral sois como la luna y las estrellas para los oyentes, a quienes, sin embargo, más por honor y riquezas del mundo que por Dios, rumiáis la Escritura, escuchad y entended que sería mucho más necesario que rompierais las tinieblas nocturnas de los hombres errantes e infieles, que no saben por qué camino andan, para que los atrajeráis a nosotros por la fe. Ahora, pues, guiadlos, mostrándoles con verdadera admonición que Dios, al principio, creó el cielo y la tierra y las demás criaturas por el hombre, y lo puso en el lugar placentero del paraíso, y le dio un mandamiento que transgredió; por lo cual fue expulsado a las tinieblas de este exilio. En esa misma transgresión se demostró cuán grande fue el pecado, que el hombre no obedeció al Creador, sino a aquel que lo sedujo (Génesis III); porque es más justo obedecer al Señor que al siervo engañoso, que se asemejó a su señor. Con estas palabras llenad sus corazones con vara de hierro, para que reconozcan que no deben apartarse de su Creador, o si por infidelidad se han desviado de él, que caigan en la tumba del infierno con aquel a quien imitaron. Pues los que perseveraron en la infidelidad serán quebrados como vasija de alfarero, que al alfarero le parece indigna e inadecuada; y porque no hicieron obras de fe, no podrán entrar en la vida eterna, así como tampoco se repara una vasija de alfarero mal hecha, sino que se quiebra. Esto vosotros que gobernáis al pueblo, entended, y mirad al Dios invisible, a quien nadie puede vencer, ni ver con ojos carnales, y considerad cómo gobernáis vuestra administración, que de él habéis recibido, porque en su nombre habéis sido glorificados con gran honor, y así gobernad al pueblo, para que no os avergoncéis de vuestro gobierno ante él en el día del juicio. Tened cuidado también de que no os dejéis llevar por el placer de la carne y las delicias del mundo, de modo que apenas podáis abrir un ojo a la doctrina celestial.

Estas cosas son duras para vosotros, porque quien atiende diligentemente a las cosas celestiales, hiere todo su cuerpo en lo que gobierna, porque se aparta de los deseos de la carne. Por tanto, por temor de Dios, que es vida y verdad, no despreciéis a la mujer que escribe estas cosas en forma femenina, que es ignorante de la doctrina de las letras, y que desde su infancia hasta el año LX de su vida fue débil, y que no vio ni oyó esta escritura con los ojos y oídos del hombre exterior, sino que solo la vio y oyó en la ciencia interior de su

alma. No elevéis, pues, vuestra mente en alto, despreciándola, porque Dios hizo hablar a un animal irracional, como quiso (Números XXII). Esta visión, en la que yo, pobre forma, vi, no se apartó de mi alma desde mi infancia hasta la mencionada edad; y estas cosas que se han dicho, las escribí en este lugar, que fue destruido por algunos tiranos, permaneciendo desolado por muchos años, en el que reposan los restos de San Roberto, quien fue noble según la dignidad de este mundo presente, y a quien Dios gloriosamente recogió en el vigésimo año de su vida, y que ahora, después de esos años de desolación, por la gracia de Dios, ha sido restaurado en sus maravillas. Pues el Señor en este su santo recordó aquellas palabras que, hablando a sus discípulos, dijo: Todos los cabellos de vuestra cabeza están contados (Mateo X), y no quiso omitir revelarlo. De los méritos de los santos se debe escribir, para que la buena y recta fama resuene en los oídos de los fieles, así como también la criatura alaba a Dios, porque fue creada por él. Dios es eterno, y su obra fue hecha para la alabanza de su nombre, porque si el alma no estuviera en el cuerpo del hombre, el hombre no viviría, ni el alma operaría sin la carne. Así, el ángel es alabanza en Dios, y el hombre es obra en Dios. Por tanto, sea alabanza a él en todas sus maravillas, y en los méritos de los santos, que es la verdadera eternidad, creando todas las cosas, y renovando el cielo y la tierra en el último día, cuya altura y profundidad nadie más ha tocado, y cuya anchura de conocimiento nadie podrá comprender. Esta Escritura, por tanto, debe ser escuchada y entendida por los fieles: ¡Oh cuán gloriosa es la Divinidad, que creando y obrando, se muestra a sí misma a través de su criatura, como hizo con los tres jóvenes, a quienes infundió de tal manera que, sin ninguna visión de las Escrituras y sin la doctrina de los hombres, lo alababan en el horno de fuego (Daniel III). Así como el alma feliz, despojada de la carne, no desea otra cosa que saborear y conocer a Dios, así estos tres jóvenes bienaventurados, aún viviendo en la carne, deseando ardientemente a Dios, imitaron la naturaleza del alma. Dios también quiso que su Hijo fuera nombrado por la incredulidad de la ignorancia en Nabucodonosor, así como también los espíritus malignos lo conocen, pero no lo confiesan, a quienes Dios a menudo muestra sus maravillas. También manifestó su omnipotencia en Sansón, el más fuerte, quien, superando con su fuerza a leones y bestias feroces (Jueces XIV), fue engañado por su esposa, como Adán por Eva, pero luego, recuperando sus fuerzas, venció a esa mujer y a sus otros enemigos (Jueces XVI), así como Cristo, despojando al infierno, devastó la fuerza de sus enemigos. En la durísima batalla de David contra Goliath prefiguró (1 Samuel XVII) que, por la humanidad de su Hijo, ataría al antiguo serpiente. Pero también envió tal fuerza al sentido femenino, que una mujer, matando a Holofernes en la noche, liberó al pueblo israelita (Judith XIII), y en esto prefiguró a la madre de su Hijo, por quien el pueblo fiel sería liberado. En los antiguos santos, por la profecía de los profetas y los holocaustos de carneros y toros, hizo figurar el pacto del convenio, porque preanunció que la Iglesia sería unida al Hijo por la copulación del desposorio. Pues por el vestido de la humanidad del Hijo de Dios, la Iglesia se adhiere al mismo Hijo de Dios, quien en su sangre la dotó como herencia, de modo que ella, por el bautismo, regenera a la vida la descendencia que Eva generó para la muerte. Porque Cristo desposó a la Iglesia en su sangre, como fue prefigurado por el juramento que el siervo de Abraham prometió bajo el muslo de su señor (Génesis XXIV), a saber, que la Iglesia sería desposada con Cristo. Pero cuando Lucifer, con todos los que lo acompañaban, sintió que Dios Padre hizo públicamente las bodas de su Hijo, se enfureció en sí mismo, y así como Caín se levantó contra la sangre de Abel (Génesis IV), así invadió los corazones de los incrédulos y tiranos, para que capturasen, hirieran y mataran a los justos, buenos y elegidos de Dios. De ahí que Cristo decía a sus discípulos la parábola del hombre rey, que envió a sus siervos a los invitados a las bodas; pero al no querer venir, envió a otros siervos para que vinieran, porque su banquete estaba preparado (Mateo XXII). Pero cuando lo descuidaron, tomaron a sus siervos, y después de maltratarlos, los mataron, porque los antiguos santos que Dios envió primero, y los apóstoles que fueron enviados después, los judíos y otros hombres

incrédulos, reuniéndose a menudo en gran alegría, los borraron de la tierra. Pero Dios, recordando su juramento por el arco puesto en las nubes del cielo (Génesis IX), cuando quiso que su Hijo, a quien ese arco significa, naciera de una naturaleza virginal íntegra, superó poderosamente a todos sus enemigos, así como también los hombres fueron borrados por el agua del diluvio (Génesis VII), pero el nuevo mundo de los hombres fue recuperado por el agua del bautismo, reinando Cristo en la Iglesia, como el arco apareciendo en las nubes. Pues la Iglesia está unida al Hijo de Dios, como la circuncisión a la ley, que sirviendo, precedió a la Iglesia por significación. Pero el nuevo mundo, que está dorado por el ornamento de la Iglesia, nunca será completamente ridiculizado en su defecto. Así como también el arco en el cielo no fallará, sino que será comprimido con temor, de modo que apenas pueda ver con un ojo, será recuperado de nuevo en el Hijo de Dios. En los diversos colores del mencionado arco, se significan las fuerzas de las virtudes del número milenario de los santos, en el color ígneo la castidad y la continencia, en el púrpura los martirios de los mártires, en el jacinto la doctrina de los mayores, y en el verde las virtudes de las buenas obras de los santos, que, exhaladas por el Hijo de Dios, irradian como rayos que proceden del sol. Pero el mencionado rey, enviando sus ejércitos, destruyó a esos homicidas, y quemó su ciudad, porque cuando los dolores, es decir, los antiguos, pasaron precediendo, el Dios omnipotente, enojado con sus enemigos, cuando los príncipes romanos, subyugando toda Jerusalén, que estaba empapada con la sangre del verdadero Cordero y la sangre de otros santos, la destruyeron completamente, y destruyeron todas las leyes de aquellos que habitaban en ella, matándolos y viéndolos. Entonces la Iglesia fue reconstruida de nuevo, como la ciudad santa de Jerusalén nueva descendió del cielo (Apocalipsis XII), preparada por Dios como una esposa adornada para su esposo, porque el Cordero de Dios reunió a sí mismo a hombres de edad lactante, infantil, juvenil, madura y decrepita, con los cuales adornó la Iglesia en la novedad de las buenas obras y en la humildad de las virtudes descendentes del cielo, como cada uno de ellos perfeccionó buenas y santas obras, preparadas por el Espíritu Santo, como una esposa se adorna para su esposo, cuando arde en su amor, así también la Iglesia está unida a Cristo, así como en su elegido, a saber, el Beato Roberto, Dios hizo, a quien en su infancia llenó completamente, y a quien llevó a un buen fin, quien, claro en linaje y riquezas del mundo, por la libertad de la bendición de Dios, fue querido por Dios. Pues como en verdadera visión veo, nuestro beato patrón Roberto, huérfano de su padre, viviendo con su madre viuda en este lugar, y esforzándose en buenas obras, y sirviendo a Dios en castidad, humildad y santidad, compró premios eternos con cosas caducas y temporales. Pues como el viviente resplandor en verdadera visión me mostró y me enseñó, así hablaré de él. Dondequiera que hubo opinión de verdadera santidad, allí la santidad pudo permanecer y durar mucho tiempo, donde no hubo verdadera santidad, allí la mentira no pudo durar mucho tiempo, como la Divina Majestad mostró abiertamente, cuando me trasladó a mí y a algunas hermanas conmigo al lugar de sus reliquias por un gran milagro de grandes visiones, como aparece abiertamente a todos los que lo ven. El padre de la madre del beato Roberto, oriundo de Lorena, etc. Lo que sigue se lee al inicio de la Vida de San Roberto, escrita por la misma Hildegarda.